

JESÚS, EL SACERDOTE

REFLEJOS DEL NUEVO TESTAMENTO

Thomas Söding

Jesus, der Priester. Spiegelbilder des Neuen Testaments.
Internationale Katholische Zeitschrift Communio 50 (2022) 4-14

El sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio sacramental ministerial tienen su fundamento en el sacerdocio de Jesús, que se manifiesta en la Eucaristía. Y es fundamental en el Nuevo Testamento. Es un sacerdocio escatológico, que se distingue de los sacerdocios pagano y judío. El artículo describe cómo la última Cena muestra todo su valor y significado. Y por qué hay que enraizar el sacerdocio ministerial en el sacerdocio común de los fieles, varones y mujeres, lo cual obliga a plantear la cuestión de si hay discriminaciones hoy en la Iglesia Católica.

La cuestión del sacerdocio

No se puede pensar la Iglesia Católica al margen de los sacerdotes, aunque su significado no es obvio por culpa de un clericalismo, que confunde sacramentalidad con sacralidad y convierte el servicio en un instrumento de dominación. Se desfigura el sentido del sacerdocio del servicio cuando no se lo enraíza en el sacerdocio general de todo el pueblo de Dios. Si lo decisivo es la figura de Jesús, y la Eucaristía revela en qué consiste el sacerdocio de Jesús y el de los que lo siguen, se actualiza el sentido profundo del sacerdocio sacramental cuando la santidad se comprende como entrega y la santificación como liberación.

Para determinar la imagen, el concepto y la praxis del sacerdocio y de la Eucaristía, hay que partir del Nuevo Testamento, que es el primer testigo de la fe, pues la Biblia tiene su origen en el recuerdo inspirado de la historia de Israel y de Jesús, acuñada por la fe en la Resurrección, que actualiza la Pasión de Jesús. Gracias a ello, la comunidad de fe, que celebra la Eucaristía, es Espíritu viviente (2Co 3,6.17).

La celebración del Jueves Santo

Según la doctrina dominante, la Iglesia Católica ha situado en el centro de la celebración del Jueves Santo la institución de la Eucaristía y del sacerdocio sacramental: se celebra con especial devoción la Eucaristía concelebrada, se vacía el Sagrario, se lavan los pies, se guarda el Santísimo en el Monumento, se canta el *Pange lingua* y en la Hora Santa se lee la “oración sacerdotal” (Jn 17). Con ello, la liturgia muestra que el misterio de la fiesta es mayor de lo que pueden expresar conceptos como “institución”, “sacramento del altar” y “sacerdocio consagrado”. El Jueves Santo se celebra la Misa de la última Cena de Jesús, que es, propiamente, la única Cena, pues, así como solo hay un Dios y un Cristo, así también solo hay una Eucaristía (1Co 10,17). Por ello las lecturas y las plegarias desarrollan la riqueza de esta unidad. Y la mirada se extiende hasta el Éxodo (Ex 12), cuyo significado ritual es el Cordero sacrificado, que según el Nuevo Testamento es el mismo Jesucristo (1Co 5,7). Y la segunda lectura termina con una frase en la segunda persona del plural, que identifica a toda la comunidad de fe como sujeto de la Eucaristía (1Co 11,26). Y el lavatorio de los pies recuerda a Jesús como diácono, servidor, no solo como modelo para sus discípulos, sino también haciéndoles participar de sí mismo (Jn 13,1-20). Y en la oración del día se habla del “sacrificio de la nueva y eterna Alianza”, que se celebra en el banquete de su amor. Por tanto, en el hecho de que Jesús no da algo, sino que se entrega a sí mismo, sin diluir el misterio, se abre la perspectiva teológica sobre lo que significa el “sacramento del altar” y el “sacerdocio consagrado”.

La Eucaristía de Jesús

Marcos, Mateo y Lucas *narran*, según su tradición, lo que sucedió cuando Jesús celebró en Jerusalén la fiesta de Pascua, como lo hace también Pablo (1Co 11,23). Pues solo narrando se puede recordar la Última Cena como un acontecimiento, dado que la teología bíblica no es algo que se idea, sino que percibe lo que acontece. En los cánones eucarísticos, sobre todo de la tradición occidental, el relato tiene un significado decisivo, en el que

no solo cuentan las *palabras del testamento*. En la celebración eclesial de la Eucaristía, el hablar tiene un carácter performativo, pues por la fuerza del Espíritu Santo no solo se informa sobre lo que entonces sucedió, sino que aquí y ahora, “hoy”, se realiza lo que aconteció en aquella noche. Es una actualización, en el significado original bíblico de la palabra, que percibe la fuerza creadora de Dios en el corazón de la oración humana (Sal 111,4).

Lo que se narra es un “banquete” (1Co 11,20, cf. 11,25) que, como “banquete del Señor”, se distingue radicalmente de un simposio profano. Los sinópticos indican esta singularidad refiriéndolo a la Pascua y Pablo por su lugar en el servicio divino. Gracias al relato se destacan las acciones de Jesús. En todas las tradiciones, “toma” primero el pan y luego el cáliz en la “sala superior” que un jerosolimitano le ha facilitado. La Eucaristía, por tanto, no va ligada a un templo de piedra, sino que los mismos fieles constituyen el Templo del Espíritu (1Co 3,10-17). En la celebración eclesial, el pan y el vino son llevados por la comunidad como frutos de la tierra y de la viña, del “trabajo humano”, de manera que en la bendición de Dios coinciden creación y cultura.

Según Mc 14,22-23, Jesús bendice el pan y da gracias (*eucharistêsas*) por el cáliz. En las otras tradiciones, se da gracias por el pan y por el cáliz lleno de vino. Con la bendición y acción de gracias se realiza la unión con el Padre, Creador y Salvador. La bendición capta el don de Dios y expresa su bondad; la acción de gracias responde a lo que Dios ha permitido recibir y expresa con el pan y el vino que hay que agradecer a Dios toda vida, tanto la terrena como la eterna. Y todo es una oración de Jesús: su bendición y acción de gracias convierten toda la Eucaristía en una oración, en la que Jesús formula y realiza la unión de Dios con los seres humanos.

Este acto del lenguaje es esencialmente sacerdotal. En él, un sacerdote hace de mediador entre Dios y los seres humanos, dándoles la bendición de Dios y expresándole su acción de gracias, también en forma de sacrificio. Así percibe, expresa y adjudica que Dios ha reconciliado al mundo con Él (2Co 5,18). Es verdad que en la última Cena Jesús no actúa como los sacerdotes del Templo de Jerusalén, sino que desempeña más bien el papel de un anfitrión judío en un banquete. Pero en la liturgia doméstica de

la fiesta de Pascua se expresa la vocación sacerdotal de todo el pueblo de Dios, que encontramos en el Éxodo (Ex 19,5). Jesús, celebrando la Eucaristía, fundamenta el sacerdocio común de todos los que pertenecen al pueblo de Dios (1P 2,9).

El don de pan y vino

El movimiento del tomar y del dar, tanto en el bendecir como en el dar gracias, se continúa en lo que los evangelistas cuentan sobre lo que Jesús hace a lo largo del banquete. Del pan se dice en los sinópticos: Él “lo partió, se lo dio y dijo” (Mc 14,22; Mt 26,26; Lc 22,19), que Pablo abrevia en “lo partió y dijo” (1Co 11,24). En el cáliz, Marcos y Mateo ponen, después del dar gracias: Él “se lo dio y dijo” (Mc 14,26; Mt 26,27) y Lucas y Pablo dicen “así mismo” (Lc 22,20; 1Co 11,25), que describe el mismo movimiento de Dios hacia aquellos con los que Jesús realiza el banquete. La estructura está formada por la unión del amor a Dios y al prójimo (Mc 12,28-34 par Mt 22,34-40; cf. Lc 10,25-28). Jesús da lo que ha recibido del Padre: se da a sí mismo en el pan y en el vino. Lo que Jesús da, dando gracias, le incluye a él y a todos los que comparten con él la mesa del Señor.

Las palabras que Jesús pronuncia no indican solo lo que hace, sino que son también un don de Dios a los seres humanos. Es decisivo que emplee la primera persona del singular: “mi cuerpo – mi sangre”, es decir, “yo mismo” según el lenguaje bíblico. Según Marcos y Mateo, Jesús renueva la Alianza del Sinaí, que Moisés –actuando como sacerdote– ha instituido, primero con la sangre de los animales sacrificados en el altar y que, luego, después de leer el documento de la Alianza, ha derramado sobre el pueblo (Ex 24,6-8). Según Lucas y Pablo, en el cáliz Jesús alude a la Nueva Alianza (Jr 31,31-34). El perdón y reconciliación van unidos a la Nueva Alianza, que media la inmediatez con Dios: una mediación sacerdotal para personas sacerdotales, llamadas por Dios.

El culto divino de la Iglesia

Según Marcos, Mateo y Lucas, Jesús celebra el banquete con

los Doce (Mc 14,17; Mt 26,20), “con los Apóstoles”, añade Lucas (Lc 22,14). Esta comunidad de mesa pone un signo: Jesús celebra la fiesta con todo el pueblo de Dios, representado por los Doce. Escoge el lenguaje de los signos porque expresa la esperanza de la renovación de las 12 tribus (Ex 40,49^{LXX}; 43,16; Sir 44,22-23; 4Esd 13,39-47; 1QM 3,13-14). En la Eucaristía de Jesús se expresa que existe el pueblo de Dios en función del Reino de Dios y que el Reino de Dios constituye el pueblo de Dios, del que se da testimonio en la tierra y se experimenta en plenitud en el cielo.

Los discípulos invitados por Jesús, también Pedro, que lo negará, y, claramente, Judas, son los primeros que necesitan el perdón. Según Lucas, en la Cena lo que más les interesa es discutir quién de ellos es el más grande. Necesitan del perdón que Jesús les concederá (Lc 22,24-30).

Según Marcos y Mateo, Jesús realiza el servicio de la Eucaristía “por muchos” (Mc 10,45 par Mt 20,28), es decir, de acuerdo con el lenguaje bíblico (Is 52,12), “por todos” (1Tim 2,5-6; cf. 2Co 5,14-15), “por la vida del mundo” (Jn 6,51). Y en la versión lucana y paulina, Jesús dice “por vosotros” (Lc 22,19.20; 1Co 11,24), refiriéndose con ello también a todos los que un día estarán con él. Lucas mira a los Doce porque representan a todo el pueblo de Dios. Pablo recuerda la Eucaristía en una carta a la Iglesia de Corinto, que está unida a todos los que invocan el nombre del Señor (1Co 1,2), que en lo local media el significado salvífico universal de Jesús.

Según Lucas a los Doce, y según Pablo a todos, los que celebran la Cena, Jesús les exige “haced esto en memoria mía” (Lc 22,19; 1Co 11,24.25). Esta memoria es una actualización ritual. Todo lo que después se discutirá como presencia real, depende de este acontecimiento: de la actuación del Espíritu, de la resurrección de Jesucristo, de la fe del pueblo de Dios, del servicio de los Doce, del seguimiento de Jesús en todos los tiempos. La Eucaristía se celebra en la comunidad de la Iglesia, que es una en Cristo, aunque se haya dividido en la tierra.

El servicio sacerdotal

Después del Concilio Vaticano II se ha dicho, equivocadamen-

te, en algunos escritos exegéticos, que el culto y el sacerdocio están superados en el cristianismo. Ciertamente, no se parece al sacerdocio pagano, que quiere aplacar a los dioses con sacrificios y fomentar el bien común. Y la carta a los Hebreos marca también una diferencia dialéctica con respecto al culto en el Templo de Jerusalén y el sacerdocio levítico. Jesús se remonta al sacerdocio de Melquiseq, que ofreció pan y vino (Gn 14,17-24), fundando la salvación escatológica de una vez por todas (Hb 7,1-10; Sal 110), mostrando los límites de la Antigua Alianza. Se acentúa el sacerdocio de Jesucristo, que crea una salvación infinita, pues es el Mediador puesto por Dios, que comparte plenamente la condición humana (Hb 2,17-18; 4,14-5,10), sin estar distanciado en nada de Dios (Hb 1,8; Sal 47,7-8).

Cuando la teología católica habla del “sacramento del altar”, ha de tener en cuenta estas diferencias significativas con respecto al culto pagano y judío. Por eso Pablo subraya que no se puede compartir la mesa de los demonios y la mesa del Señor (1Co 10,21). En la mesa eucarística del Jesús Crucificado y Resucitado, lo profano es lo más sagrado (Rm 3,24) y el rechazado es el Elegido (Mc 12,10-12 par). Por eso el altar eucarístico puede estar en cualquier lugar, pues en la celebración de la comunidad del pueblo de Dios, la “mesa del Señor” se convierte en altar.

Jesús anuncia y anticipa la plenitud del Reino de Dios y actúa sacerdotalmente santificando el nombre de Dios y hace participar a los creyentes en esta santificación, concretada en el Padre nuestro, que él enseña a sus discípulos (Mt 6,9 par; Lc 11,2). Y la dimensión escatológica de su sacerdocio se hace patente en sus curaciones (Mc 10,46-52 par; Mc 1,40-45 par; Lc 17,11-19), que hacen eficaz la salvación, como se ve significativamente en el hecho de que Jesús perdona los pecados como “Hijo del Hombre” (Mc 2,10; Mt 9,2; Lc 5,20; cf. Lc 7,48). En las curaciones se manifiesta el mismo Jesús, que vive, muere y resucita, el mismo Padre, que lo envía entrega y resucita, y el mismo Espíritu, que está en Jesús para que anuncie la buena noticia a los pobres (Lc 4,18-21; Is 61,1-2). Al expulsar a los mercaderes (Mc 11,15-19 par; Jn 2,13-22), Jesús muestra que el Templo no media la salvación escatológica, que aproxima el Reino de Dios, sino que al celebrar la Última Cena marca la antesala escatológica de la salvación

situándola en un rito que puede ser celebrado, en comunidad con él, en cualquier lugar y tiempo. Esta es, litúrgicamente, la adoración “en Espíritu y en verdad” (Jn 4,22) y el “culto racional” (Rm 12,1). La celebración de la fe, la Eucaristía, va unida a la diaconía de Jesús, que se inspira en la liturgia, uniendo la gloria de Dios con la dignidad del ser humano.

El seguimiento de Cristo

Si hay un seguimiento de Jesús, hay también un seguimiento en el servicio sacerdotal de Jesús. Y el discípulo es enviado para que *Él* pueda actuar por medio de él en la comunidad de los discípulos. Ningún sacerdote es Jesús, pero actúa para que *Él* pueda actuar, a través de él, en medio del pueblo de Dios sacerdotal, gracias a la participación del Espíritu. En la praxis de Jesús se puede descubrir quién ha sido llamado al seguimiento en el servicio sacerdotal. No se trata de una cuestión de genealogía, como en los levitas, sino de una fe personal y de toda la Iglesia. Por eso Jesús llamó a seguirle a varones y mujeres (Lc 8,1-3), pecadores y justos (Mc 2,13-17 par), judíos y, después de Pascua, también a paganos (Jn 12,20-36). No hay fronteras para la gracia de Dios. Pablo lo une al bautismo (Ga 3,28), que comporta la comunidad viva con Cristo (Ga 3,26-28) y el derecho de los creyentes a ser herederos de la promesa divina (Ga 3,29), que se invocando a Dios, en la lengua materna de Jesús, como “*Abbā*” (Ga 4,6; (Rm 8,15).

Esta promesa se alcanza eclesiológicamente en el sacerdocio común de todos (1P 2,9; cf. Ex 19,5-6). El Concilio Vaticano II descubrió de nuevo esta vocación sacerdotal de todo el pueblo de Dios (LG 9), que tiene un significado eclesiológico decisivo, pues el sacerdocio particular del servicio, que se ha formado en el seguimiento de Cristo, está al servicio del sacerdocio común de todos, que necesita de la Eucaristía. La presidencia en la celebración de la Eucaristía es la expresión eminente de este servicio sacerdotal, pues la Eucaristía es la “fuente y culmen” de la vida eclesial (LG 11).

El seguimiento de Cristo, al que pertenecen los servicios kerigmáticos, diaconícos y sacerdotales, descubre la riqueza plural

del amor de Dios, sin que se pueda hablar de un más o un menos en riqueza y dignidad. El seguimiento de Cristo se apoya en la riqueza de los carismas, que se convierten en servicios y en fuerza para construir la Iglesia (1Co 12,4-11), sin que pueda haber ninguna discriminación por sexo, nación, color de la piel u origen. Pues la unidad de la Iglesia crece con la *Communio*, que supera toda marginación, ya que la periferia es el centro (1Pe 1,1-2).

En el pasado se pudieron superar las marginaciones que eran debidas al estatus social o el color de la piel. Hoy se ve también que no se puede excluir, como ocurría antes, a las personas que tienen alguna disminución. En cambio, en la ordenación sacerdotal de las mujeres, ya no resulta incuestionable que la praxis de las Iglesias católicas y ortodoxas no sea una discriminación. Y no resulta suficiente aludir a la autoridad formal de *Ordinatio sacerdotalis* para zanjar la cuestión. Para superar la falta de consenso, que empieza a manifestarse en la Iglesia Católica, solo hay un criterio desde el sacerdocio de Jesús para reflejar las distintas posiciones y fundamentar una decisión, que sirva para unir y no para dividir: la fe eucarística.

Tradujo y condensó: Javier Calvo